



La foto y el discurso

(por imposición de don Serafín)

Hace ya bastantes años, Begoña y yo hablamos, en más de una ocasión, de nuestra futura jubilación. Poníamos cara de susto y hacíamos muecas y visajes extraños pues, inseguras y poco amigas de multitudes y actos oficiales, no creíamos poder enfrentarnos con elegancia a tal evento. Al rato, confiando en que con el tiempo adquiriríamos madurez y que además ese tiempo era aún incierto y lejano, regresábamos tranquilamente a nuestras tareas.

Los años pasaron y la despedida amenazaba mi ya de por sí inestable ánimo. Y fue entonces cuando apareció Serafín. Rondaba el dire con aire distraído por la entrada de la biblioteca y no sé si porque lo vi o porque me llamó, entablamos una charla amistosa (creo). Sabía, por experiencia, que rara vez el mensaje alcanza su meta pero... Pregunto Serafín, sin contexto alguno al que aferrarme: "bueno, Mayte, ¿y tú, qué quieres?" Yo, por disimular mi asombro, intento rápidamente situarme, lo miro sintiéndome enana, pasan unos segundos y me espeta: "es que algunos compañeros no están de acuerdo en que se celebre". Desolada por su cruel sinceridad, pues ahí descubrí que me hablaba de la jubilación, me dije: "y qué habré hecho yo tan mal", "pues que no vengan". Pero mencionó a Brozos como de pasada, y sentí un alivio enorme. Era una opción que había barajado pero no tenía fuerzas para desdecirme ante Marisé y Rafa que ya estaban en marcha procurando un restaurante de mi agrado. Sin pausa, vuelve a la carga Serafín: "A Aída le pedí una foto y un discurso y accedió". "¡Trágame tierra!" Titubeé algunas excusas y nos separamos.

Me fijé, entonces, en las orlas colgadas en el pasillo de entrada al salón de actos. Miré las primeras y no me vi. Cogí una silla para alcanzar la segunda tanda, y tampoco. Precisaba a alguien de más estatura para la tercera serie, y llamé a Marisé. Estaban ya sobre aviso las compañeras asiduas de la biblioteca, Olga y Begoña y, del otro bando, Raquel. Apareció una lupa y, cual locas, buscamos entre las pequeñas cabezas al fondo del grupo de alumnos (era una orla del tipo "mogollón") si alguna era yo. Desolación. Oh! Me lo había ganado a pulso pues por manía o capricho (Luz y Ofelia debatiendo) acostumbro a escapar de la cámara.

Como el discurso ya lo estoy haciendo, sin hacer, el segundo asunto, el de la fotografía, tenía que resolverlo. Ahora se sumaba la certeza de no haber dejado huella oficial de mi rostro en un instituto al que había sido fiel durante más de veinte años. Debe de tener razón Pousa cuando me insiste en que soy poco convencional, lo que viniendo de él es casi preocupante.

Me acordé, entonces, de una foto de hace un par de años (que Ofelia ya vio sin reconocermme) sacada a traición por un amigo (antítesis? ironía? Miro a Ana y Telmo), en un parque de León.

Me gustan los parques, me gusta León y me gustan los grafitis. Así que os muestro la imagen por la frase que el azar dibujó en la pared a manera de un carpe diem de trazos humildes y aire canalla.

Esa frase es un recordatorio y un deseo para vosotros, mis compañeros de fatigas, risas e incertidumbres: Isabel normaliza, Chelo recoloca las comas y, mimosa, busco la sonrisa de Marta, Olguita, Mayobre, Fran, Leti, Mundo, Amott, Covadonga, Carmen, Pilar, Gabriela, Mara, Santiago, M.José, Valentín, Conde, Barcia, Juan José, Luis, Patricia...

y Jose, el gran jefe, tan paciente conmigo (como Félix), al que pediré, para que no pierda práctica, una fotocopia de todos. Dicen que el papel abriga del frío.

Diciembre. 2015

